

FRUTOS DE SANGRE Y AMOR

Atardecía en el viñedo, rara tarde calurosa de primeros de octubre que dibujaba las sombras en el horizonte, sombras que año tras año reflejaban el esfuerzo de tantas generaciones, no había máquinas trabajando que enturbiaran el canto de los pájaros, ni sus graciosas peleas por adueñarse de las uvas desertoras del racimo caídas en la tierra que las alimentaba, ni había nada en el aire que camuflara el aroma de la buena cosecha en su punto de recogida.

Hoy era el día, había quedado con su mujer embarazada de siete meses en la pequeña chabola como así la llamaban. Un pequeño edificio de piedra, en el centro de la inmensa finca, con ventanas de madera y suelo de barro. Solo había una estancia conservada en los tiempos, con todos los recuerdos que podrías encontrar en un baúl o en un altillo colocados cuidadosamente, era el museo de la familia, podías recrear cuantas escenas de la vida cotidiana de un viticultor sin equivocarte en nada, tan increíbles como la que nació en esas cuatro paredes, una historia que hoy revelaría a su mujer.

Estaba dentro admirando un quinqué hecho con las latas de sardinas en aceite, llevando sus pensamientos a lo que uno puede ingeniar cuando tiene necesidad, contemplando la minuciosidad con la que estaba hecho, cuando la puerta se abrió. La encontró más hermosa que nunca, los últimos rayos de sol bordeaban su cuerpo en el quicio de la puerta, vestía una amplia camisola de color blanco que hacía resaltar su piel tostada por un verano generoso, mostraba su sonrisa en un rostro curioso por este encuentro tan misterioso.

Dos copas de fino cristal desentonaban en la vasta mesa de madera tallada a golpe de azuela, al contrario de la botella de vino situada en medio de ellas, con la misma elegancia y brillo de antaño, como las primeras que se embotellaron, y con la misma etiqueta inspirada en una gota de sangre.

Me acerque a ella, cogí su mano y le di un dulce beso en sus labios, no pronuncie palabra alguna, pero entendió mi mirada porque ella tampoco dijo nada, era un momento mágico, y quería seguir los mismos pasos, como mi madre me lo contó siendo muy pequeño, y le pregunte por qué el vino que producíamos decían era milagroso.

El cristal se llenaba de color, las transparencias de la copas se tornaban de un bermellón brillante, borbotones de líquido libre, macerado en un cuidadoso y mimado proceso, desde su prensado, el paso por las tinajas, las barricas y su embotellado. Había elegido un gran reserva, porque me acercaba más a otros tiempos, a la lejanía de la historia; un aroma terciario adquirido por la crianza en barrica y su maduración en la botella, que dejó atrás el aroma primario, propio de una botella descorchada con poco tiempo de fermentación. Predominaba un aroma a cereza negra, y al aroma a caramelo de una fermentación más larga. Después de alzar y presentar la copa en señal de brindis sentí su bouquet en el primer sorbo.

Su rostro seguía mostrando sorpresa y por su estado solo se atrevió a un pequeño trago, podía sentir aquella sensación, el sonido de su garganta al tragar, los aromas, el recorrido de este preciado líquido recorriendo cada centímetro de su cuerpo interior, el sabor de la uva fresca, su azúcar, era como si tuviese recuerdos de cuando aún no había nacido y podía revivirlos.

Bebí un sorbo más, acaricie su tripa, y suavemente con la otra mano en su espalda la hice salir de la sala, la luna peleaba su trono con el sol, el cielo aún se veía claro en contraste con el horizonte que pardeaba el verde intenso de las vides moteadas de violeta. Un sendero estrecho, bien delimitado y limpio de malas hierbas conducía a lo alto de una colina sin cultivar. Me puse delante para abrir camino, mis pasos en solitario lo habían recorrido centenares de veces, y ahora lo hacía para delegar el futuro de esas tierras. Una tumba coronaba lo alto de esa colina, cercada con algunas cepas, y al pie de la misma una vid sola, con varios racimos colgando de ella.

Rompí el silencio; era mi abuelo Miguel, así me gustaba llamarle, aún siendo un antepasado al que no podía ubicar en grado de parentesco, fue en su niñez un flacucho niño con una tartamudez acusada, sus rasgos poco agraciados le convertían en el blanco fácil de su hermano mellizo, siendo este algo más agraciado, y de lo más normal de lo que en aquellos tiempos se podía llamar a los muchachos que habitaban el lugar. Pobres de nacimiento y huérfanos desde los quince años, vivían de las pocas cabezas de ganado y una huerta de patatas.

Miguel asumía su desdicha, sin amigos y sin éxito entre las mujeres, ocupaba su tiempo cuidando del ganado y cultivando la huerta, mientras veía a su hermano como agarrado a mujerzuelas llegaba a casa, la fragancia que dejaba entre carcajada y carcajada era inconfundible, olor a la vieja bodega, de cubas de madera maltratada por los años, de uvas pisadas sin seleccionar, fermentadas en la recolección, un vino áspero que le hacía sensible a los encantos de sus sirenas. Le valía sacar unas cuantas monedas de la venta de un lechón, para tener alrededor a las más picassianas mujeres, de mejillas sonrosadas

con polvos baratos y ojos pintados con tizones de lumbres agotadas. Aunque si el dinero escaseaba, que era la mayoría de las veces, la bodeguera, una gruesa mujer viuda y desaliñada, era el amor de su vida, tal vez porque el verdadero amor, la pasión de mi hermano, era el vino en cualquier estado del mismo, recompensando así los favores de alcoba y poder despertar sin acordarse de nada.

Una mañana fría se percató de que su hermano no había llegado a casa, dio tiempo a que abriera más el día, y después de aviar a los animales se encaminó a la bodega. Su presencia en el lugar sorprendió a todos, incluido a su hermano, de pie, apoyado en una especie de barra adornada con vasos pequeños de vasto cristal llenos de liquido rojo, jarras de barro rellenaban una y otra vez el que osaba quedarse vacío. Las charlas cotidianas del herrador que herró cientos de caballos y mulas en el menor tiempo escrito, el del panadero que hizo el milagro de los panes sin los peces en unas horas de la noche, la hija de la tendera que salía con el hijo del carpintero y les habían pillado besándose detrás del pajar del molinero, enmudecieron, y encolerizado el hermano le preguntó ¿a qué vienes tú aquí? Miguel tartamudeando le dijo estar preocupado por él, por no haber dormido en casa. Las risas estallaron a la vez que algunos le decían: tu hermano se preocupa por ti, y te viene a buscar como si fuese tu mamá. El hermano de Miguel agarró con una mano el vaso de vino, con la otra apretó a esa enorme mujer contra él, mientras gritaba esto es la vida, buen vino y mujeres, ¿dónde puedo estar mejor y más vivo? Vete de aquí con tu olor a estiércol, no te necesito, alcanzándole en la frente el vaso lanzado por su hermano. Con la vista nublada, salió de la bodega, intentando adivinar el camino de vuelta a su humilde hogar, una casita de piedra con ventanas de madera y suelo de barro, el lugar donde se sentía protegido de las miradas de los que le consideraban indeseable, a las risas de los que le imitaban al hablar. Le

quedaban pocos metros para llegar, subir una pequeña colina y tomar un camino un poco más estrecho que por el que iba, pero sus piernas se doblaron al coronar la colina haciéndole caer.

La colina, un montículo de basta tierra sin cultivar desde hacía tiempo albergaba las últimas raíces secas de lo que un día fue un campo sembrado de vides, cuyos propietarios abandonaron porque decían estaban malditas, y las uvas que producían estropeaban los jugos que se sacaban en la vendimia.

Miguel permaneció caído durante varias horas junto a una de esas raíces, la sangre de su frente regó gota a gota la cepa.

Una muchacha, la hija de la bodeguera, llevo al hermano de Miguel hasta la casa dando tumbos de un lado a otro del camino, ya que la delgadez de la chica no era suficiente para sujetar firmemente a este. No se percató de que Miguel estaba caído en el suelo hasta la vuelta, había pasado tan cerca de él, que la concentración en mantener erguido a su hermano evitó que incluso tropezara. Se arrodillo y reclino su cabeza, la sangre aún fresca en la brecha escurría secándose por el resto de la cara. La chica miró hacia los lados fijándose en una botella de vino que descansaba al pie de un moribundo roble al que solo le quedaba una rama verde. Dejo la cabeza de Miguel con cuidado en el suelo y se fue a por la botella. Derramo un chorro en la herida que se mezcló con la sangre, y lo presionó con un pañuelo que saco del bolsillo del delantal de cuadros, sacó los picos de su camisa cogidos por la cinturilla de su falda, tal vez la parte más inmaculada de su indumentaria y los mojó con el vino. Pasó el tejido empapado por la fruta macerada en las viejas barricas por los labios de Miguel haciéndole recobrar el conocimiento.

La muchacha no pudo ver el estupor de las mejillas de Miguel por la rojez de la sangre y el vino, pero pudo sentir la agitación y la pasión con la que latía su pecho, ninguna mujer había estado tan cerca de él, ni siquiera se había atrevido a sonreírle como ella lo hacía. Cuidadosamente le ayudo a levantarse y lo llevó a casa. Su hermano dormía. Limpió su rostro, le quitó la camisa manchada admirando los músculos de su torso, labrados por el esfuerzo al labrar la tierra. La pasión se desató en ella, quería besarle, abrazarle, sentir su cuerpo en su piel, se sentía confundida en sentimientos, nunca había sentido nada igual, humana al limpiar sus heridas, y menos humana al desear su cuerpo. Un ronquido distrajo sus pensamientos, y reparo en la botella que había salvado la vida a Miguel, bebió un sorbo y se levantó, lo beso en la herida, y sin decir palabra salió de la casa.

Miguel tumbado en un camastro estaba atónito, medio desnudo y algo mareado, miraba la puerta por la que había salido la más bella mujer que sus ojos habían contemplado, la había visto en más de una ocasión, y jamás le había parecido tan hermosa como aquella tarde. Se echó una manta por encima y pensando en ella se quedó dormido.

Gritos, lloros y el aporreio de la puerta despertó a Miguel, la voz dulce del día anterior se oía desgarrada. Sobresaltado por el dolor de la muchacha se levantó de un brinco advirtiéndole que su hermano no estaba. La bodeguera y su hermano habían muerto, fue lo que entendió al abrir la puerta y por un instante no escucho nada más, solo pudo sentir los brazos de la muchacha rodeando su cintura y las mejillas mojadas en su pecho desnudo, volviendo a la realidad acarició su pelo, y un poco más calmada, en la serenidad que le daban esas manos, le contó que su hermano había ido a casa de su

madre muy entrada la noche, después de beber y retozar como adolescentes, la bodeguera se dispuso a abrir las tinajas de barro que contenían el vino nuevo del que estaba a punto de caer la madre, quería bautizarle, darle a beber el primer vaso de esa nueva cosecha. Tantos años acunando el vino sin adivinar que esta vez la dejarían sin sentido. Una torpeza abrir aquella vasija sin ventilar la habitación donde fermentaba el caldo, torpeza del hermano de Miguel que al intentar auxiliarla terminó de la misma manera.

Pasados unos días, acostumbrándose a vivir solo, con sus animales y con su huerto de patatas, no podía dejar de pensar en la muchacha. Decidido a hablar con ella, enfiló el estrecho camino, y ya en lo alto de la colina observó que la raíz de la vid había brotado, un abundante follaje de hojas la cubría, su sangre había hecho revivir algo muerto, había llovido muchas veces a lo largo de tantos años, y nunca antes había mostrado señal de vida alguna, solo su sangre la había hecho vivir, más decidido aún, y con el paso más ligero, llegó a la bodega. La bodeguera no estaba, tampoco su hermano, aunque si la misma clientela que seguían multiplicando los panes sin los peces. Al otro lado de la barra se encontraba la muchacha, su blanca tez se iluminó. Miguel se la acercó, y la entregó una nota con cuatro palabras mal escritas pero entendibles a los ojos de ella. Miguel lo tenía preparado, sabía que si hablaba, los parroquianos se reirían de él, y eso era lo que no quería que pasara delante de ella.

Miguel estaba nervioso esperando a la muchacha en lo alto de la colina, fascinado con las uvas que colgaban de la vid, se había puesto la camisa que nunca estrenó y amarilleaba por el paso del tiempo, la que compró a un mercader hacía años para cuando tuviese una ocasión especial.

La chica apareció, también debió escoger el mejor vestido, en un azul celeste que hacía envidiar al cielo. La seguridad al verla, hizo que no tartamudeara al decirla.

Mira mi casa, mis animales y mi huerto, es lo único que poseo, también mira lo que lo rodea, y todo lo que alcances a ver en el horizonte, porque si quieres, con el tiempo también será nuestro. Lo siento como siento lo que te amo. Le mostró la vid renacida de su sangre, hermanos de sangre, sangre mezclada con el vino en su frente, limpiada y besada con la pureza de un amor inesperado. Esta vid traerá alegría y prosperidad a nuestra casa.

La muchacha le cogió de la mano y lo condujo a esa pequeña casa de piedra, beso sus labios, su cuerpo, forjando una leyenda.

Dicen que las uvas de la vid de la colina son frutos de sangre y amor, que mezcladas con las que se recogen en la vendimia del inmenso viñedo, y maceradas en la barrica hecha del viejo roble moribundo, hacen producir uno de los mejores vinos.

La noche había caído, rara noche calurosa de primeros de octubre, la luna imponía su grandeza iluminando la vid a los pies de la tumba custodiada por algunas cepas secas. Su mujer no lo podía creer, era una historia fantástica, mágica, que su marido la contaba con total credibilidad y que ella era cómplice de que pudiese perdurar entre las nuevas generaciones.